

PROXIMA PARADA DRASSANES

Autor/a: AZUL

PRÓXIMA PARADA...."DRASSANES"

Como cada mañana, empieza el juego de la vida. Aquí estoy, sentada encima de este banco morado y largo. Es muy temprano, y mis ojos poco a poco se empiezan a acostumbrar a esos focos cegadores que hay en las paradas del metro. Mientras lo espero, me voy mentalizando a dónde voy. Es como si mi mente no se activara hasta que no le cuento el plan del día. Somos más inteligentes de lo que parecemos o queremos parecer.

Mientras estoy en la parada empiezan a dejarse caer las primeras personas. Pasan unos diez minutos más o menos hasta que viene el primer metro. Tengo la suerte de subirme en la primera parada de la línea, y eso me permite coger un buen sitio en este "trans-cine". ¿Por qué "trans-cine"? es fácil: un cine en movimiento. Un cine con películas en proyección constantemente. Y nosotros la mayoría de las veces ni prestamos atención.

Cada una de las caras que se plantan en el asiento de enfrente, es una vida, es una historia. Y aquí quiero venir a parar. Cada mirada, gesto, vestimenta, olor, color de piel,...tiene un sentido y una explicación. A eso me dedico: a ver las películas que se me exponen en el metro, en mi viaje hasta "Drassanes".

Gente, y más gente. Lleno a rebosar. Los metros y todos los transportes públicos de Barcelona parecen que sean gratuitos de buena mañana. Cuando el metro va a llegar a la parada de Catalunya, es difícil relacionar un brazo con su dueño.

Las paradas iniciales de mi recorrido, yo las llamo: "*el triangulo de las bermudas*" porque a ciertas horas, hay cosas que desaparecen, como las carteras. En estas se suelen subir gente de clase media-baja que va a ganarse el pan para ellos y para su familia. Parecen potrillos de feria. Aquellos que siempre hacen el mismo recorrido, sin poder mirar hacia los lados porque algo se lo impide. Suelen ser hombres, de una edad entrada y con la piel castigada de tanto trabajar. Cuando les miro a los ojos, suelo verles sufrimiento e infelicidad. Ese hombre que trabaja para mantener a su familia, mientras la mujer cuida de los hijos o friega los suelos de un portal. Un hombre que cuando llega a casa, se marcha al bar, para poder beber y aliviar su dolor en otra

prisión como es el alcohol. De unas uñas negras y castigadas. Hasta incluso he visto algunos que les falta parte de un dedo. El dedo que un día se llevó la maquina que les da de comer.

En el “*triangulo de las bermudas*”, es donde mas gente extranjera suele subir. Ellos también van a trabajar. Cuando se sientan no cruzan las piernas. Dejan caer sus brazos encima de su falda, y posteriormente dejan caer su cabeza en el cristal del vagón. Como perdidos en este mundo. O desolados por un pasado duro, un presente oscuro y un futuro complicado. No suelen mirar al frente, ni clavar la mirada en algún pasajero. A excepción de alguno, que si encuentra unas piernas o delanteras apetitosas, deja la mirada perdida con ese pasado duro, para clavar la mirada de una manera insolente hacia la chica en cuestión.

Algunos no saben ni español. Pero se bajan donde les toca. Ni una parada mas ni una parada menos. Trabajan para comer, vivir y mantener a su familia en la distancia. Sus horas libres las suelen pasar en comunidad con sus paisanos, o en locutorios gastándose ese dinero que tanto sudor les ha costado ganar.

¿Quién no ha escuchado alguna vez, que el extranjero parecía él en el metro? Creo que todos lo hemos escuchado y algunos pensado. Es una realidad que ahora vivimos y convivimos. ¿Pero habéis pensado, lo que podéis escuchar de esas personas?, lo que pueden contar debe ser estremecedor. Me gustaría que algún día, ese señor de color negro, que se sienta a veces delante mía, me explicara de que modo vino a España, y como al final a acabado en Cataluña. Que me contara realmente como se vive en una patera con 100 personas a la deriva durante dos días. Pero esa parte de la película únicamente me la puedo imaginar. Y queridos amigos, por mucho que me lo imagine, creo que nunca me aproximare a la realidad.

Pasemos a otro tipo de viajero. Es una mujer, que sus ropas la delatan puesto que debajo del abrigo lleva la bata azul típica de limpiadora. Sus manos son inconfundibles. Muchas veces, me quedo realmente asombrada, al ver como se marcan las venas en ellas. Marcadas por los productos de limpieza, y muy limpias. Si llevan algún adorno en los dedos, suele ser escaso. Llevan siempre algo en las manos, normalmente una o más bolsas. Pero lo mejor de ellas es su mirada. El cansancio se refleja en su rostro. A mi me dan a

entender, que necesitan unas vacaciones en el Caribe con “*todo incluido*”. Y porqué no decirlo....un marido que les preste más atención.

Un día, una de ellas se sentó a mi derecha. Dejó en sus pies todo el arsenal de bolsas que acarreaba. Y así sin más, de pronto empezó a sollozar. Giré la mirada sin girar la cabeza, para que no viera que la estaba observando. La mujer intentaba parar de llorar, pero sus lágrimas caían con fortaleza. En esa película no vi ninguna muerte de algún familiar. Ni algún robo, o desastre natural. Vi una falta de afecto. A esa mujer le faltaba mucho amor. Para ser exactos, un amor fraternal. Un hijo atento y dedicado a quien le dio la vida. Un hijo problemático y sistemático con sus hábitos de vida. Una falta de agradecimiento, una añoranza, un todo para esa mujer.

Sinceramente, me arrepiento mucho de no haber establecido una conversación con ella. Me moría de ganas por saber la verdad de esas lágrimas. De nuevo mi película, volvía a ser deductiva. Mucha gente del vagón la miró de la misma manera que lo hice yo. Nadie la consoló. Nos cuesta ayudar, y ante estas situaciones parece como si los sentidos dejaran de funcionar. No vemos ni oímos. Que final más triste.

En el metro entran y salen constantemente viajeros, y cada uno con su estilo. Los que tienen prisa, los que no la tienen, los que van perdidos, los que entran buscando a alguien,.....

Cuando se para el metro y queremos salir por la puerta, primero hay que accionarla, sino la puerta no se abrirá. Lo bueno de esto, es ver como la gente “novata” espera que se abran automáticamente. Al cabo de pocos segundos se percatan de qué no es ese el sistema y decide apretar el botón. Algunas veces tarde. Más que una película, a mí me recuerda bastante a la serie cómica de “Mr. Bean”.

Me gusta analizar los viajeros que van por parejas. Parejas de novios, esposos, amigos, negocios, parentesco,....

Los novios: están los que tienen asumido su amor, y actúan como verdaderos amigos. Poco me dicen más. Tan solo que llevan una relación madura y duradera. Por supuesto los que me llaman más la atención, bueno y al resto de vagón también, son “*los novios de película erótica*”. ¿Quién no se ha sentido incómodo, o en caso contrario excitado, ante tal proyección? En mi caso, me incomoda. Y más si la representación es en los dos asientos de

enfrente. Como si nadie les viera, empiezan a practicar el Kamasutra. El vagón empieza a mirarles sin tapujos, y luego nos miramos entre viajeros para darnos a entender que lo que vemos, está mal. Que paradoja. A la mujer llorosa, nadie era capaz de mirarla de frente, mientras que a “*los novios eróticos*”, atraen todas las miradas.

Pero lo que me encanta ver y examinar son las parejas de “*abuelitos*”. Nunca he visto tanta ternura entre dos personas que conocen tanto de ellas. El hombre galán, cuida a su viejecita esposa a no caerse con los bruscos movimientos del metro, mientras la dulce esposa, no separa su mano arrugada del amor de su vida. Se hacen comentarios sobre los hijos, y sobretodo hablan de donde bajarse. De vez en cuando tienen alguna pequeña discusión, pero a esas edades, a mi me parece hasta gracioso.

Se bajan, cogidos de la mano, con extrema precaución. La mujer avisa al marido: *-¡corre Juan que te quedas dentro!*- Juan suele llevar bastón. De ellos si que me gustaría saber el inicio de su película. Me aturullo si empiezo a pensar en todos los años que han vivido y la de experiencias que pueden contar. Están en el final del ciclo, en el fin de la película.

Si rebobinamos la película hacia atrás, llega la juventud. Van a sus escuelas o universidades. Los que van solos, leen un libro, o un diario gratuito, escuchan música, estudian,parece que sientan la necesidad de desviar la atención hacia algo externo. Como si la vida fuera aburrida y necesitaran el apoyo de otras cosas para desarrollar su imaginación. Como si no quisieran saber nada de su cercano alrededor, porque verdaderamente no les merece la pena. Ellos y ellos y ellos.

Los que van con algún compañero, varia su actitud según la hora. Por la mañana van juntos, pero hacen las mismas cosas que las del “*estudiante solitario*”. Puede que comenten algo sobre alguna canción, o sobre el programa que dieron ayer por la noche en televisión. Si tienen examen ese día, la conversación se embadurna de cultura. Y los que estamos cerca de ellos, aprendemos muchas cosas. Depende del examen: fórmulas matemáticas, reglas de ortografía, el desarrollo de la flora en época primaveral,....

La cosa cambia unas horas mas tarde. Al mediodía, esos amigos, pasan a tener otro tipo de temas. Hablan de chicas o chicos, de los planes para el fin de semana, cuentan anécdotas graciosas,...

Me gusta poder adivinar la vida de la gente que va sola. Me pregunto a dónde irán. Que llevan en la bolsa. A quien llaman por teléfono. Si al otro lado del teléfono hay alguien. Porque tengo la sensación algunas veces, que las personas que tienen un móvil con Internet, cámara de 9 píxels, auto-programador, televisión incorporada y miles de luces en la carátula, lo usan para colocárselo en la oreja y simular una llamada telefónica. Solo para enseñar el aparato tan perfecto que se han comprado. Lo que no saben es que muchas veces se la juegan. Porque no saben que están en: “*el triángulo de las bermudas*”.

Hay veces que sin querer me quedo con la mirada fija en el pasajero de enfrente, porque mi mente esta muy lejos de allí. Mi mente esa visualizando la película. Cuando me doy cuenta, esa persona incomoda, esta practicando el mismo ejercicio que yo, pero a la inversa. Seguramente estará viendo mi película y pensando que soy una maleducada, ligona, o cualquier otra cosa lejos de la realidad. ¿Serán mis películas tan alejadas de la verdad? Entonces me mira fijamente, y yo al instante desvío la mirada. El juego termina para mí. Pero solo para ese viajero. Queda mucho vagón por ver.

Cuando escucho: “*próxima parada Cataluña*”, tengo que poner máxima atención, y despertar todos mis sentidos. Seguro que alguien se sube que merece la pena atender.

Hay un grupo bastante predominante, que seguro que habéis visto alguna vez. Los reconoceréis por su peculiar modo de vestir. En el pelo llevan “rastas”, u otra cosa parecida, la ropa suele ser de muchos colores, en algunos casos acompañada de algún agujero. Su piel tiende a llevar adornos pintorescos o caníbales como los “piercings”. La mochila es inseparable a ellos. Al igual, que los que tienen un perro, no dudan en llevárselo con ellos. Los que no tiene perro, prefieren llevarse la bicicleta. Pero no una bicicleta pequeña y desmontable, sino aquellas típicas de la serie “Verano Azul”. Esta clase de viajero me desconcierta. Intento fijarme en todas las pistas que me dan, pero nada. No sé donde van, ni de donde vienen, si tienen preocupaciones, si viven en Barcelona,.... Como si estuviera viendo la película de “Matrix”. Que para entenderla tienes que poner todos los sentidos al 100% a la vez.

Me pasa eso, porque sé que algunos de ellos, llevan esa vestimenta porque realmente es lo único a lo que pueden acceder. Pero sé que otros de ellos, son *“hijos ricos de papá”* que renuncian de manera radical a la vida de marqués que sus padres le han ofrecido. Y han tomado una decisión extremista para llamar la atención de sus progenitores.

Poco a poco llego a la parada donde bajo para hacer trasbordo. ¿Qué quiere decir eso? Que los viajeros parados y sentados que veía, ahora los veré en movimiento, cosa que me dará mas pistas para saber más de ellos, o mejor dicho, deduciré más cosas que antes.

Cada uno cuando se levanta de una silla y empieza a andar se descubre sin querer. Puede demostrar que ha bebido, que es homosexual, que le gusta el fútbol, que le gusta atraer a los hombres, que tiene una enfermedad, que no tiene prisa, o que la tiene, que le duelen los zapatos,... son detalles que sin *“los andares”* costarían más de identificar. No solo en un vagón se pueden imaginar cosas.

Ahora hacer trasbordo resulta muy distraído gracias a los *“músicos del metro”* entre otros. La mayoría, yo me incluyo, pasamos sin oír la melodía que nos están ofreciendo de manera totalmente gratuita. Me he parado una vez por cada artista. Pero el resto de los días, como he dicho antes, han pasado desapercibido. No porque no me gusten sus creaciones, sino por la falta de tiempo que todos necesitamos cuando no lo tenemos.

Estos artistas, porque para mi la gente que crea algo desde un sentimiento es una artista, no sé si tendrán un trabajo, o viven de lo que nosotros les damos. Pero si tienen que vivir de nuestras propinas...no es muy rentable. Me gustaría haber estado en casa de alguno de ellos, en el momento que les comunicaran a sus padres la intención de vivir de la música de esta manera. Me parece muy valiente. Hay que vivir de las cosas que más nos satisfacen.

Pero no hay que confundir con la gente que toca un instrumento con melodías pegadizas. Son personas pobres, con muy poca higiene que piden nuestra caridad. Unas ganancias que siempre he puesto en duda. Porque como todos sabemos, muchos de ellos acarrean una adición peligrosa. Y el dinero que nosotros les aportamos, simplemente les sirve para agravar más ese problema. Pero el ciclo es así. Piden para recibir, y lo gastan para morir.

Me subo en mi nuevo escaparate hacia “Drassanes”, ya queda menos.

Aquí en Barcelona, el fenómeno “guiri” está extendido por toda la ciudad, por cada rincón. El “guiri”, es el turista. Ese turista ilusionado y rojo como un tomate. A primera hora de la mañana, cuando el metro hace parada en aquellas más concurridas, por muy temprano que sea....siempre habrá una familia rubia y alta (los guiris), dispuestos a ser los primeros en las colas de los museos. Cuando los veo tan temprano, bien despiertos, con sus calcetines, sus cámaras,...pienso que si ahora mismo fuera ellos me iría al hotel a dormir. Yo tengo un deber que cumplir, pero, ¿ellos? Mas tarde, hago una autorreflexión. Cuando hago de “guiri”, también a esas horas estoy en algún transporte público dirigiéndome a un monumento o estatua. Por si acaso se fueran a ir.

Así es el ser humano.

Los “guiris” no paran de moverse en el metro, de hablar, de mirar mapas, de hacer fotos,... Un mundo nuevo para ellos.

Me gusta el turismo sano. Aquellas dulces familias rubias, con sus dos o tres hijos aún más rubios. Los niños van totalmente equipados. Tienen restos en las orejas de la crema solar que les ha puesto su madre. Perfectamente conjuntados, con gorra incluida. Hasta llevan gafas de sol del mismo color que la ropa. El padre, un señor alto y corpulento. La madre, una mujer delgada, con una faldita corta y maquillada. Aunque sea para ir a la playa.

Luego tenemos otro tipo de turistas. Los sigo viendo en el metro a esas horas. Pero a lo mejor en otras circunstancias. El alcohol ha hecho mella en sus vidas y se toman un respiro en el metro antes de llegar al hotel. Sobre todo en época estival predominan bastante. Aunque algunas veces, algunos de ellos no son “guiris” y son nativos.

Me resulta bastante más fácil descubrir las vidas de cada uno cuando voy sentada en el metro. Si estoy de pie, la cosa se complica un poco más, porque voy pendiente de no caerme.

Otro tipo de pasajero es, *“el-que-escucha-música-a-tope”*. Deben de tener los tímpanos destrozados. Puede que vayan a trabajar o a estudiar. Si van a trabajar tienen pinta de ser becarios realizadores de algún programa de televisión.

Un día se sentó enfrente de mí, un chico de unos 23 años. Pelo moreno y con las facciones marcadas y casi perfectas. Tenía la mirada perdida hacia la

oscuridad del túnel y sus manos entrelazadas. Llevaba anillos en los dedos, pulseras de plata y un pendiente. Cuando apartaba la mirada del túnel y la entraba en el vagón, seguía con esa mirada perdida. Miraba, pero no veía nada. De vez en cuando hinchaba los pulmones y soltaba el aire de forma lenta y prolongada. Sin duda el chico estaba enarmonado. Y por todos los adornos que llevaba seguro que más de uno era un regalo de la causante de sus suspiros. Sus manos entrelazadas y sus movimientos con el dedo pulgar me decían que el chico acarreaba algo de mala conciencia. Estaba viendo una película de amor, a lo mejor con un final no muy feliz.

A veces, cuando leo algún diario gratuito y mi compañero de vagón no ha conseguido el suyo.....veo como poco a poco declina la cabeza hacia mi diario. Y así como quien no quiere la cosa clava su mirada en el apartado de noticias nacionales. El problema llega cuando quiero leer la siguiente página. No sé que hacer. Si esperarme a que el compañero gire la cabeza, como diciendo que ya ha terminado. Preguntarle si ya la puedo girar. O girarla sin más. Es difícil la decisión, porque las primeras impresiones son las que mas cuentan. Y quién no dice que un día no tenga diario y haga yo la misma jugada. Así que opto por ser adecuada y discreta. Espero a que el compañero se canse de esa página, desvíe la mirada, y aprovecho para plantarme en las noticias internacionales. Esa jugada seguro que no se la esperaba.

Lo que mas ternura me despierta, son los grupos de niños pequeños. Que con sus profesoras totalmente estresadas, se dirigen al zoo de Barcelona. Que listos son. Sus conversaciones son dignas de recuerdo. Su inocencia me ablanda el corazón, me alegra y me despierta aun más la imaginación. Me gustaría verme a mí en el cuerpo de esa niña. Escucharme hablar con esa vocecilla. Analizar si tiene algo que ver mi comportamiento actual, con el de mi raíz. De esta manera podría aclarar lo de la "esencia", y así poner fin al dilema de si "somos como nacemos" o "somos como nos hacemos".

Somos muy distintos todos. Es curioso como nadie jamás en el mundo actuará ni pensará como cada uno lo hace. Ante cualquier situación somos totalmente impredecibles. Eso debe ser la magia que nos une y nos desune.

En épocas estivales, los pasajeros del metro de Barcelona suelen variar considerablemente sea cual sea la hora. No es gente habitual. Es gente que se

dirige hacia algún sitio, seguramente a disfrutar de algo. No hablo de “los guiris” como ya he nombrado anteriormente. Si no de catalanes que no han podido ahorrar mucho, entre otras cosas, y deciden ir a la playa de Barcelona en transporte público. Son como “guiris”, pero tienen la piel menos roja, les acompaña una nevera repleta de hielo y un paraguas de sol enorme.

Sin duda hay una clase de personas que no dejaré sin nombrar. Los trabajadores del metro. Yo los llamaría.... “los trabajadores del silencio”. Menuda paradoja. Entre tanto ruido....y les llamo del silencio. Sin duda están entre nosotros. Los que vemos y los que no vemos. Pero gracias a ellos tenemos el privilegio de llegar de un lugar a otro por debajo de la tierra. Cosa que considero hoy en día algo extraordinario. Nosotros nos subimos, nos bajamos, viajamos, observamos,... pero, ¿quién a hecho esto? El hombre. Capaz de hacer cosas maravillosas, a la misma vez que otro hombre realiza cosas indeseables.

“Los trabajadores del silencio” realizan tareas de todo tipo. Unas infraestructuras de tal envergadura necesitan una gran manutención. Cientos y cientos de trabajadores cuidan, vigilan, acomodan, limpian, sirven, arreglan,... en el metro, mientras nosotros pasamos y a veces ni miramos. Viajamos, pero ¿Quién nos transporta hacia nuestro destino? Una persona, igual que nosotros. Con los mismos miedos. Y así una tras otra, a nuestra disposición. Son gente que está en el silencio, y cuesta tenerlas en cuenta. Espero que estas frases sirvan por lo menos para detener el tiempo del lector dando un homenaje a “los trabajadores del silencio”.

Pronto llegará mi destino. Me encuentro tan solo a tres paradas para apearme. Tiempo suficiente para descubrir o inventar historias que desearía conocer en realidad.

A veces me resulta una situación algo incómoda cuando me siento enfrente de otra persona. En los asientos que están puestos de dos en dos. Cada uno enfrente del otro. Los cuatro. En silencio. Escuchando el ruido característico del metro. Precisamente ninguno de los cuatro lee nada, ni tiene ningún soporte de audio para distraer la mente. Realmente si me dejara llevar, diría algo como: -¡buenos días! A trabajar, ¿no?

Por lo menos para romper el hielo. Esta escena es muy frecuente en ascensores, y en los gags de “Mrs. Been”. ¿Cuántas veces la pregunta: hace calor hoy, ha roto el hielo en ese mini-espacio?

El metro “Gusano” (sin separación entre vagón y vagón), te da el privilegio de ver todo, de principio a fin. Precisamente hoy me he dado cuenta de un fenómeno extraño. Al ponerme atrás y tener una gran perspectiva, he visto que mientras el metro está en movimiento, nosotros, los viajeros permanecemos en un estado inmóvil. Algo parecido al juego de las estatuas. He observado atentamente, y a excepción de la norma, cada uno permanecía en una postura cotidiana, y firme. Era muy curioso ver como al paso por la parada, esas figuras cobraban vida y cambiaban de posición. La verdad es que recomiendo tener esa visión del metro, un fenómeno más que hace el hombre, sin ser consensuado, e imitado por el resto como otros tantos actos reflejos.

¿Por qué mientras esperamos a que se abran las puertas del metro para salir, no podemos evitar mirar nuestra imagen reflejada en el cristal? Algo instintivo, y exagerado en algunos casos. Queremos ser perfectos. Aunque de esta manera solo se perfecciona la carcasa, y esa perfección con el tiempo,..... desaparece.

Fin de mi viaje diario. Donde me siento viva y siento que viven los demás. Que no sé nada de sus vidas por mucho que quiera imaginármelas. Que puede ser verdad o una estúpida falsa. Cada uno tenemos mucho que contar, y mucho que escuchar. Esta claro que ni cien vidas, ni tan solo dos tendremos. Una, con solo una debemos averiguar otras. Una tarea difícil, que el metro por ejemplo nos hace más fácil. Solo debemos aprovechar esa oportunidad. Rostros con los que nos cruzamos cada día. Distintos y parecidos. Dejemos de mirar, para empezar a observar.

Oigo la voz clara de una “trabajadora del silencio” que dice:

- Propera parada.....Drassanes..... Próxima parada.....Drassanes.
Salgo con precaución pero a marchas aceleradas. Porque una vez fuera del metro, nuestra propia película se proyecta a 10 por hora más rápido.

Me encamino hacia la salida, con ese viento descomunal que nadie sabe de dónde sale pero en cada parada aparece. Una luz cegadora veo al final de las escaleras. Un símil a la nueva vida, como si fuera un nuevo amanecer teniendo en cuenta que, cuando he entrado por la mañana, todavía era oscuro.

Ahora empieza otro capítulo en mi película donde nunca habrá segunda parte.